Entre amigos anda el juego. (El Epistolario Fernández Almagro-Gallego Burín, 1918 a 1951).

Granadinos, intelectuales, de filiación política conservadora, coincidentes por lo general en sus opiniones, amigos invariables, Melchor Fernández Almagro (1893-1966) y Antonio Gallego Burín (1895-1961) —residente el primero en la villa y corte y en su ciudad natal, el segundo— mantuvieron una relación epistolar publicada en sus dos caras por Antonio Gallego Morell (primogénito de Gallego Burín) y Cristina Viñes Millet[1].

La primera misiva de tan abundante conjunto corresponde a Almagro (13XII-1918), recién establecido en la capital de España, pero con muy sentida nostalgia de Granada y de sus amigos de allá, recordados vivamente una y otros, algo que se convertiría en un motivo constante por su parte; la respuesta de Gallego (una tarjeta postal) está fechada unos días más tarde y es una felicitación en la fiesta onomástica de Melchor. Las vicisitudes personales de ambos, siempre tenidas en cuenta —así las gratas como las dolorosas—, constituyen otra insistida constante temática. A ella, y al mencionado granadinismo, se añaden (en cuanto al contenido de estas cartas) "la literatura viva de aquellos años, las noticias del grupo literario granadino en el que despertaron a las letras y en el que se mueven, y los vaivenes apasionantes de una política a la

(1) *Melchor Fernández Almagro/Antonio Gallego Burín. Literatura y política Epistolario (1918-1940).* Edición, introducción y notas de Antonio Gallego Morell y Cristina Viñes Millet. Excma. Diputación de Granada, Granada, 1986. (Vol. I; con fotografías).// *Municipio y política. (A propósito del epistolario Fernández Almagro/Gallego Burín, de 1938 a 1951)*, por Cristina Viñes Millet. Granada, 1995. (Vol. II; con fotografías).

que ambos se asoman con curiosidad y vocación, más que de protagonismo, de personal interpretación del mundo que les rodea y absorbe"[2]. Fue ciertamente un período de la vida española muy movido e importante en ámbitos como el literario y artístico —es, por ejemplo, el tiempo de la vanguardia— y político, con implicaciones bélicas -intentona revolucionaria de 1934, guerra civil, segunda guerra mundial-, como acreditan los muchos nombres registrados en el "índice onomástico y de publicaciones periódicas"[3].

El funcionario de Correos que era profesionalmente Fernández Almagro atendió al mismo tiempo su afición por la literatura para cuyo desenvolvimiento Madrid le ofrecía mayores y mejores posibilidades que la provincia; el periodismo fue un medio eficaz para abrirse paso y hacerse un nombre en la república de las letras y a él recurriría Almagro entrando, primero, en el diario conservador *La Época*, del marqués de Valdeiglesias, oportunidad que si, por una parte, le llena de satisfacción, por otra le intranquiliza ya que "ignoro también si tendré aptitudes para prosperar en el periodismo" (20-11-1921), situación superada con el paso de los años. De *La Epoca* saltaría (para mejorar) a uno de los periódicos de la "Casa Urgoiti", el vespertino *La Voz* donde, desde 1927, se encargó de la crítica teatral[4]. Almagro figura en la redacción fundacional del diario *Ya*, que comenzó a publicarse en 1935, cambio en el que pesa su ideología política ya que como "de sobra conoces mi estado de ánimo, comprenderás perfectamente que haya aprovechado un afectuoso requerimiento para hacer un trasbordo gracias al cual pierdo el contacto —que tanto me pesaba— con cuanto huela a "izquierdismo republicano del 14 de Abril". Yo he sido invitado, según acabo de decirte, a ese nuevo periódico, y cualquiera que sea mi suerte en él, estoy contento por haber salido del otro. Y Dios dirá lo demás..." (18-1-1935). Otras serán las tribunas periodísticas servidas por él durante la guerra civil (zona nacional) y concluida ésta —años 40 y siguientes, hasta su muerte—, cuando colabora en *ABC*[5] y en *La Vanguardia* (Barcelona). El periodismo literario se convirtió en una dedicación preferente, además de ser fuente sustancial de ingresos y procedimiento inigualable para la mayor difusión de su nombre. Constan asimismo en estas cartas, noticias relativas a

(2) P. 10 tomo I, Introducción.

(3) Me pregunto por qué carece del mismo el tomo II.

(4) Pensó Fernandez Almagro "en la conveniencia de acceder a una solicitación que me enchufaba a una empresa de mucha mayor base. Pensé sobre todo en el mañana" (carta del 22-11-1927).

(5) Trato de esa colaboración en el artículo "Veinticinco años de novela española (1941-1946) en la crítica de Melchor Fernández Almagro", pp. 315-325 del tomo II del *Homenaje al profesor Antonio Gallego Morell*, Universidad de Granada, 1989.

otras actividades suyas de orden intelectual: los libros —el consagrado a Ganivet, v. g., en cuyas páginas queda constancia de que "si lo admiro mucho", "mi admiración no es idolatría" sino muestra de un "empeño de serenidad y dé justicia" (9-V-1925), o su doble condición de académico (de la Historia y de la Lengua), que corresponde ya a época posterior.

La guerra civil aumentó si cabe la separación geográfica de los dos amigos pues su estallido determinó (en un primer momento) que Gallego Burín permaneciera en Granada —zona nacional— y Fernández Almagro en Madrid —zona republicana—, donde sufrió algún tiempo, convertido en una especie de "recién nacido que ha de encararse con su vida y todos los problemas subsiguientes. La mía anterior ha quedado materialmente deshecha por los rojos de Madrid. Mi casa, desde luego, saqueada, y con ella perdido todo mi trabajo de años y años en papeles, fichas, etc., y dos libros casi a punto de terminar" (28III-1937); a ello siguió la huida a la otra zona beligerante —la que resultaba conforme con su ideología—, viviendo con carácter de provisionalidad en diversas ciudades de ella —San Sebastián, Burgos, Salamanca, Vitoria—, lugares donde fecha sus cartas de ahora, intranquilo por la suerte que pueda correr en Madrid su hermana Asunción; reincorporado a sus colaboraciones periodísticas y convencido (13-11-1939) de que "la gratitud de España a Franco tiene que ser eterna"[6], estimación coincidente con la de su amigo para el cual "la victoria de Franco sobre esta conjuración del mal y de estos genios del mal, tiene para España el carácter de una auténtica redención y de una resurrección" (11-1939).

Es numerosa y relevante la nómina de literatos, conocidos o amigos, que comparecen en las cartas de Almagro, cuya actividad sigue atento sin que en sus palabras dominen el chismorreo y la maledicencia; personas, pero también tertulias e instituciones —la famosa Besiw (Residencia de Estudiantes), por donde andaba (a la altura de 1919) Lorca, cuyos versos, leídos por el mismo, embelesan y conmueven, pero (advierte Fernández Almagro, 26-V-1919) "ningún residente descompuso su actitud con desmesurado entusiasmo; ya sabes que el entusiasmo, como todas las emociones desmedidas, están prohibidas en la *Casa*". En estas sus cartas madrileñas, el remitente, que se declara enemigo de bandos y banderías —''ahora (27-III-1919), como antes, los hombres justos y sinceros no podemos irnos a ningún bando"— y que confiesa sentirse incómodo cuando le falta el entorno humano habitual —''soy espíritu de

(6) En el orden político habría que subrayar su rechazo de la dictadura de Primo de Rivera – "insoportable militarada" (18-11-1924), "un régimen de Gobierno que detesto" (9-V-1925)y de la República-''¡Qué República más criminal!" (28-III-1937)—.

los que decaen en el aislamiento" (ll-X-1929)—, informa con cierta minuciosidad de los menudos, pero significativos detalles de su existencia madrileña, sobre todo en la tercera década del siglo: la vida familiar, soltero acompañado de mujeres (madre y hermanas también solteras); las redacciones; las tertulias; los libros hechos y por hacer ("no encuentro el tiempo que quisiera para dedicarlo a libros que ya vienen de tiempo atrás en estado de larva, y deseo lanzar sin más retraso" (10-IX-1929): el teatro; los artículos; la oficina; hasta un *flirt* (como se decía entonces), de final no feliz, con María Teresa Roca de Togores, hija de la marquesa viuda de Alquibla, "episodio que ha dejado en mí cierto sedimento de tristeza" (7-X-1926).

Mientras ocurría todo esto para Melchor Fernández Almagro en Madrid, su amigo Gallego Burín trabajaba incansable y entusiasta en Granada y atendía con su actividad a varios y distintos frentes que se llevaban todo su tiempo no dejándole vagar para responder a las cartas de su amigo, quejoso éste de tantos y tan largos silencios —"¿se puede saber, querido Antonito, qué te he hecho yo para que de tal modo me olvides?" (18-1-1922), o "dijérase que te ha tragado la tierra. No sé de ti ni pelo ni hueso. ¿A qué se debe ese silencio?" (28-VII-1928)—, explicados y disculpados algunas veces por Gallego, que ha tenido complicaciones familiares (el nacimiento de un niño) o una enfermedad que duró meses. Dichos frentes eran: el periodismo —se concentra en *Renovación*, una lanza en la lucha contra el caciquismo y, también, una tribuna para el regionalismo andaluz—; la política —que entonces tiene para el granadino un nombre máximo en el catalán Francisco Cambó, a quien admira y en quien confía aunque, prevenido por Almagro y alertado por ciertos sucesos, llegue a recelar: "Sigo siendo fiel al estupendo don Francisco aunque ya dudo de él" (1921)—; la cultura en Granada —donde recibe y acompaña a conferenciantes como Baroja y Ortega, que pasan por la ciudad en medio de la general indiferencia; al segundo "se le hizo un agasajo, pobre, ridículo, abochornante y al que fuimos unos veinte. Con razón habrá tenido para Granada las frases más duras" (diciembre 1924), lo cual le entristece, irrita y desanima; su carrera universitaria -una auxiliaría, primero, y en 1926, la cátedra (en Granada) de una asignatura denominada "Teoría de la Literatura y de las Artes", cuya preparación le tuvo "absorbido" bastante tiempo y cuya obtención disiparía sus dudas ("¿vale la pena pensar en ser catedrático en España?" (noviembre 1922) y le convertiría fugazmente en el centro de la atención de amigos, familiares y compañeros: "Te digo que estoy apabullado y que me siento napoleónico" (mayo 1926); sus investigaciones —como cuando (23-VIII-1920) informa a su amigo que "tengo ya ordenadas y prontas a redactar unas "Notas para una bibliografía del sitio y toma de Granada" y tra-

bajo en la historia del siglo XIX (...) Agrega a esto que ni "Mariana Pineda" está falta de redacción tan sólo (...)"

Aún no acabada la guerra civil, en junio de 1938, Gallego Burín fue nombrado alcalde de Granada, tarea a la que se dedicó en cuerpo y alma lo mismo ahora que en un mandato posterior, contento por la distinción recibida pero agobiado a veces por las servidumbres

del cargo, "ocupaciones y preocupaciones (que) no hay momento libre" (14-1-1939). Otro tanto le sucedería acaso a Fernández Almagro, que fue nombrado (también en plena guerra) presidente de la Junta de Intercambio y Adquisición de libros y revistas para bibliotecas públicas, miembro de la Junta de Teatros, jefe interino del Servicio de Información y Prensa (ministerio del Interior) y representante del ministerio de Gobernación en la Junta Reguladora de Adquisición de revistas y publicaciones extranjeras, responsabilidades tal vez más livianas que una alcaldía de capital de provincia.

Acabada la contienda y establecida en España una nueva normalidad, ambos amigos, conformes con ella y en ella situados, continuaron su relación epistolar con características análogas a las del Período

de pre-guerra, variada solamente por el hecho de que los viajes del alcalde granadino a Madrid permitirán que se vean de cuando en cuando. La vida sigue para ellos, como para los demás españoles, pese a muertes -la de Lorca,

v. g., amigo tan querido y admirado-, exilios y otras circunstancias penosas, y su labor se mantiene ilusionadamente en los capítulos ya mencionados mientras que el paso y el peso de los años supone para uno y otro una crecida dosis de melancolía.

Muchos años de amistad entrañable y muchas misivas (cartas tarjetas postales, algún telegrama) llenas de afectos y repletas de noticias, espejo de una España que ya es historia, vivida por ambos como personajes no cualesquiera del conjunto. Las dos caras de esta relación epistolar se ofrecen completas (o casi) en dos volúmenes preparados, prologados y anotados doctamente por Antonio Gallego Morell y Cristina Viñes Millet, el primero y por esta última el segundo.

José María Martínez Cachero